



ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

Entre la vida y el arte

Once relatos sutiles de la autora, María Gainza, en los que se mezclan géneros entre la historia, el arte y su forma de visión, la anécdota o la biografía

■ SANTIAGO AIZARNA

Magníficos, sensacionales, maravillosos, originales, magistrales en una especie de «nuevo arte de escribir relatos». Unas historias que son como un caminar senderos de maravilla, stock de géneros varios como visiones de artes y artistas; de pensamientos de hondura vertidos con generosa galantería entremezclados en tan buena como al parecer espontánea coyunda con retazos del vivir personal de la autora en momentos que refulgen tanto en su sonoridad expresa y expresiva como en natural simpleza, pero tan al sesgo todo.

Son once relatos de los que el primero de ellos comienza con la historia de Drex y el ciervo ('A Drex un mediodía de otoño y al ciervo

exactamente cinco años después'), a Drex y al gran Géricault, el mártir del Romanticismo francés y los establos del duque de Orleans, etc.; y, el último 'Los pitucones', en el que se nos hablará de personajes como Anthony Powell, el Greco, Tintoretto, Tiziano, Felipe II, Aldoux Huxley y su previsión de la deriva o derrota hacia el abstratismo de Theotokópoulos de ir puliendo su pintura de haber vivido y pintado hasta sus noventa años.

Danilo Kis, la no justificación de las capacidades artísticas con los males corporales u orgánicos de algunos genios como el caso del astigmatismo del Greco, la epilepsia de Dostoiévski; la ácida, pero cierta sin duda, afirmación de Cyril Connolly de que «A quien los dioses desean destruir, al principio lo llaman promesa», todo un gran tonelaje de barajeo de personajes y anécdotas en los que el lector se siente tan sorprendido como encantado por mucho que de lo que se le va diciendo se lo está recitando al unísono su memoria de lector pero sin embargo de lo que no puede desembarazarse es de ir dando las gracias relato por relato, página por página, línea por línea hasta diría, por habernos reverdecido la memoria y rejuvenecido hasta punto tal que es como si nos acompañara cumplida-

mente a los anaqueles del pasado, sin olvidarse de poner en solfa, siempre que en gana le viniere, matices tan personales como la chiquititis de su señor padre ya que todo lo que hacia en su afición escultórica era un esculpiendo de la máxima exquisitez lo que venía muy bien para connotar las diferencias subyacentes del gigantismo o el megalomanismo en el arte y de cómo éstas grandes magnitudes tienen mucho terreno ganado a la hora de evaluar la obra de arte y su proyección, como todos sabemos.

Primer y último relato pues en el barajeo de estas originales visiones de las que nos ofrenda u oferta (hasta diría que las dos opciones son hipostáticas, pues ¿no es que las calidades artísticas los coloca cada uno en su particular peana de la divinidad?) esta autora, desconocida hasta este su primer libro, de quien se viene a decir en la solapa que es María Gainza, que nació en Buenos Aires, trabajó en la corresponsalía de The New York Times en Buenos Aires y fue corresponsal de ArtNews. Durante más de diez años fue colaboradora regular de la revista Artforum y del su-

plemento Radar del diario Página/12. Ha dictado cursos para artistas y talleres de crítica de arte, y fue coeditora de la colección sobre arte argentino 'Los Sentidos', de Adriana Hidalgo Editora. En 2011 publicó 'Textos elegidos', una selección de sus notas y ensayos sobre arte argentino'.

Generalmente, lo tengo bien observado, los libros que se abren con citas, presentan a priori, como un reto al lector, y, al menos, como trébol, naturalmente como no podía ser de otra manera, de tres hojas: la primera de ellas cuando nos preguntamos qué tendrá que ver esa cita con lo que, lo a continuación en este caso, viene; si no se trata, acaso, de algo más que de una especie de mariposa que daba la casualidad de que

por ahí volaba sobre los pasos y pastos de la memoria y sus notas tan al desparrame como menstruado mental es lo que ha quedado transcrito, o, al contrario, la caza ha sido dura pero el encaje bien lo merecía. En este caso, la elección, lo juzgo yo sin que nada me arredre de lo contrario, insuperable: una de ellas es de Joseph Brodsky, que remata la fra-

se de que «Los aspectos visuales de la vida siempre han tenido para mí más peso que el contenido», y, el segundo, de Lucrecia Rojas, que viene a decirnos que «Me voy a mirar el cuadrado, decía Liliana Maresca después de tomar su dosis de morfina» algo que, cuando se ha terminado de leer todo el libro y se para a leer esas dos citas, da en el tino de ver que, en ellas, a modo de breve caja misteriosa de tesoros, está contenido todo.

Once relatos henchidos de anécdotas, es cierto; de personajes que, con solo pronunciar sus nombres nos dejan un unto de su personalidad y de su quimera famosa pero que se nos aparecen como en roles de su comedia o de su tragedia, quién sabe; aquellos los que les haya tocado representar en la vida en todo caso; cuadros pictóricos interpretados a la manera como las ve la autora, un libro lleno de delicias lectoras que quien los ha leído en este caso tan personal se queda con la impresión de haberse topado con lo maravilloso por tantas cosas y con la seguridad, supongo, de que sirve para recomendárselo a cualquiera pues que tan buen rastro le ha dejado atravesar tantos lugares y personajes en sus islas e islotes tan atraentes en lo cultural como en lo artístico.



EL NERVIÓ ÓPTICO
Autor: María Gainza.
Género: Relatos.
Editorial: Anagrama.
Páginas: 190.
Precio: 16,90 euros.